

DOCUMENTO No. 17

Segunda carta de los intelectuales europeos y latinoamericanos a Fidel Castro

Esta carta también ha recibido amplia difusión. En castellano apareció por primera vez en el diario "Madrid", del 21 de mayo de 1971.

París, mayo 20, 1971

Comandante Fidel Castro

Primer Ministro del Gobierno Cubano

Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Herberto Padilla sólo puede haberse obtenido por medio de métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC, en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerda los momentos más sórdidos de la época stalinista, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas.

Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el stalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están sucediendo en Cuba.

El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridiculamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano —campesino, obrero, técnico o intelectual— pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. Quisiéramos que la Revolución Cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo.

Firman:

Claribel Alegría, Simone de Beauvoir, Fernando Benítez, Jacques-Laurent Bost, Italo Calvino, José María Castellet, Fer-

nando Claudin, Tamara Deutscher, Roger Dosse, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Magnus Enzensberger, Francisco Fernández Santos, Darwin Flakoll, Jean Michel Fossey, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, Angel González, Adriano González León, André Gortz, José Agustín Goytisolo, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Rodolfo Hinoztrosa, Mervin Jones, Monti Johnstone, Monique Lange, Michel Leiris, Mario Vargas Llosa, Lucio Magri, Joyce Mansour, Daci Maraini, Juan Marse, Dionys Mascolo, Plinio Mendoza, Istvan Meszaris, Ray Miliban, Carlos Monsivals, Marco Antonio Montes de Oca, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pachecho, Pier Paolo Pasolini, Ricardo Porro, Jean Pronteau, Paul Rebeyrolles, Alain Resnais, José Revueltas, Rossana Rossanda, Vicente Rojo, Claude Roy, Juan Rulfo, Nathalie Sarraute, Jean Paul Sartre, Jorge Semprún, Jean Shuster, Susan Sontag, Lorenzo Tornabuoni, José Miguel Ullan, José Angel Valente.

DOCUMENTO No. 18

Alfonso Sastre

¡Vergüenza y Cólera!

Triunfo (Madrid), Año XXVI. No. 470
5 de junio de 1971, pp. 18-19

Ante la imposibilidad de reproducir siquiera una mínima parte del torrente de artículos, cartas, ripostas, etc. que se han publicado sobre el caso Padilla en general y sobre la declaración de los intelectuales en particular, hemos decidido escoger dos ejemplos representativos que, por la claridad y concisión con la que presentan sus respectivas posiciones, pueden considerarse antológicos. Ambos aparecieron en la revista española **Triunfo**.

El primero, ácidamente crítico de los intelectuales que firmaron la segunda carta a Fidel Castro, fué escrito por el dramaturgo y ensayista Alfonso Sastre. El segundo (Documento No. 19) es una carta respuesta a Sastre dirigida a la redacción de **Triunfo** por uno de los intelectuales firmantes, el gran poeta español José Angel Valente.

LEO en un diario ("Madrid", 21 de mayo de 1971) que sesenta intelectuales, europeos o establecidos en Europa, han creído conveniente expresar al primer ministro del Gobierno revolucionario de Cuba su "vergüenza" y su "cólera" con motivo del curso que ha venido tomando el llamado "caso Padilla" en aquel país.

Dramatizando un poco las cosas, yo diría que algo así como una cierta vergüenza y también una pizquita de cólera me ha producido a mí precisamente la lectura del escrito de los mencionados colegas, a la vista del cual no puedo dejar de hacer mi propia, modesta y personal comunicación en los siguientes términos.

Me sorprende, sobre todo, en el escrito de referencia justamente lo que de negación del oficio de intelectual —sin "restricción" alguna de tipo "partidista": hombres al servicio de la verdad, con un aparato epistemológico adecuado— hay en ese texto.

Contando —cierto que a modo de "rationabile obsequium", pues la verdad es que uno llega a pensar leyéndolo en un malévolo redactor —con la buena voluntad de sus firmantes, sorprende lo que de malamente abstracto hay en la desdichada redacción de tal papel: mala abstracción, mecanicismo y otras

aberraciones, objetables incluso desde el campo de la "inteligencia" clásica, es decir, sin recursos a la filosofía revolucionaria y a la praxis política de la revolución cubana, objetivo de su crítica.

Analicemos el documento someramente: "El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla —se dice en él— *sólo puede haberse obtenido*, mediante métodos que son negación de la legalidad y la justicia revolucionarias" (subrayado mío). Para los firmantes no existe duda alguna —¡ay, el "ars dubitandi" y sus hermosos beneficios intelectuales!— de que en Cuba se está dando "el desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas". En cuanto al acto de la U.N.E.A.C. fue, sin duda alguna, para los firmantes del escrito una "penosa mascarada"; definición, por cierto, extremadamente ofensiva para los compañeros Belkys Cuza, Díaz Martínez, César López, Pablo Armando Fernández, René Depestre, Norberto Fuentes, etcétera, que quedan tratados, con evidente desprecio de la dignidad humana, como personajes carnavalescos. (¿Leyeron los firmantes —es un pequeño detalle— el texto íntegro de aquella sesión de la UNEAC?).

Queda, pues, como *impensable* —¿por qué?— la hipótesis, por ejemplo, de una "personalidad" determinada y unos hechos objetivamente contrarrevolucionarios como posibles causas determinantes de la detención y de los caracteres del "lastimoso" escritor. Queda también excluida como *impensable* —¿por qué?— la hipótesis contraria a la que suscriben: la de un trato especialmente benévolo (¿se sonríen?) hubiera provocado o contribuido a provocar en el poeta la crisis psicológica que se hubiera objetivado, con imprudencia catártica, en esa "confesión": en ese acto de carácter "expiatorio". "Acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes", dicen ustedes. Primero: ¿tienen por seguro que lo son? Segundo: caso de que lo fueran, ¿ya han determinado ustedes el carácter exógeno —violencia policiaca— de tales "delirios"? Cierta anticomunismo vulgar y un grave desdén de la psicología son otras tantas fallas intelectuales —no hablemos ahora de los aspectos políticos de la cuestión— observables en este manifiesto.

Los autores de la carta "prefieren" a cualquier otra hipótesis —¿por qué?, ¿desde qué criterios?, ¿con qué información?— la de una "violencia" ejercida sobre el poeta durante su arresto. ¿O es el hecho del arresto lo que se denuncia? ¡Pero arrestos se han dado no pocas veces en Cuba después del triunfo de la revolución ¿Porqué la cólera y la vergüenza de estos escritores *empiezan ahora*? Veamos que ellos nos dicen haber defendido

vehementemente la revolución cubana. ¿Cómo, de pronto, ante la opción entre la conducta de un hombre —respetabilísimo, por cierto, pero "uno"— y un proceso tan complejo (y hasta ahora, según nos dicen, tan satisfactorio) toman las armas, ¡y con qué vehemencia!, contra aquella revolución como "oscurantista", "dogmática", "culturalmente xenófoba" y "represiva"? ¿Qué ha pasado de ayer a hoy? ¿Es que los habían engañado sobre aquel proceso revolucionario y de ahí la anterior vehemencia con que, según dicen, defendían la revolución cubana? ¿El "caso Padilla" los ha sacado de su error? ¿De verdad encuentran en su información sobre el caso un fundamento teórico suficiente para pasar de la vehemencia admirativa a la vergüenza y a la cólera? ¿Por ventura se sienten intelectual, moral y políticamente cómodos en esa posición? ¿Han estudiado tan detenidamente los hechos en su, seguramente, compleja estructura como para pasar de considerar la revolución cubana como "un modelo" a denunciarla públicamente como un vástago del stalinismo y del terror? ¿El pasado y sus secuelas operan en ustedes como categorías fijas de su pensamiento, como "aprioris" fijados, absolutos, de su actual discurso intelectual? La analogía formal que sin duda existe entre ciertas autocríticas producidas durante el stalinismo —recientemente he trabajado en la edición, para los lectores de habla castellana, del "Trotsky en el exilio", de Peter Weiss, donde aquella tragedia se expone, por cierto, con insólita lucidez— y esta carta de Heberto Padilla, ¿se impone a ustedes de tal modo que les hace prescindir nada menos que del análisis concreto de los hechos? ¿Tanto imperio ejercen sobre ustedes los viejos clichés? Aquí les señalo lo que de "malamente abstracto" encuentro en su documento y lo que de inercia y pereza mental evidencia esa declaración. Con el horror que todos experimentamos ante los traslados mecánicos de las interpretaciones científicas de unos hechos a las explicaciones de otros, ¿qué les ha hecho caer en tal mecanismo? ¿Era o no era la Cuba de los años 60 otra cosa —ese "modelo" que ustedes mismos dicen—, otra cosa repito, que la U.R.S.S. de los años 30? ¿Era y ya no lo es? ¿O no lo era y ustedes no supieron analizar aquella situación en sus visitas a la isla? ¿Qué fueron entonces: más turistas que científicos? ¿Extrapolaron su visión turística y la dieron *vehementemente* como sanción intelectual favorable a aquel proceso? Y si lo era —un modelo— y ya no lo es, ¿cómo lo saben? ¿Y de qué manera ha podido suceder? ¿Un proceso se convierte en su contrario de la noche a la mañana y sin que cambien sus estructuras y ni siquiera alguno de sus personajes dirigentes? ¿Reconoceremos aquí su filosofía de la Historia? ¿Esa es la filosofía dialéctica de la que muchos de ustedes se reclaman? En el caso de que en Cuba se estuviera produciendo un *endurecimiento* en cuanto a los problemas cul-

turales, ¿no parece que muestran ustedes una cierta impaciencia en darlo por hecho? ¿Y qué caracteres tendría? ¿No será por ventura que se estaban dando algunas aberraciones en la superestructura cultural con relación a los urgentes problemas de la base? ¿Advirtieron algo en ese sentido con ocasión de sus viajes a Cuba? ¿O el (más que otra cosa) liberalismo que regia la vida cultural y la autonomía absoluta de ese plano les producía tan cegadora satisfacción que les compensaba de cualquier otro problema que afectara —¡ah!, qué tema tan desagradable— a las grandes masas? ¿Han analizado ahora el documento de conclusiones del reciente Congreso Nacional Cubano para la Educación y la Cultura? ¿No hay una cierta —alegre o, más bien, triste— precipitación en el estigma con que ustedes marcan, como infame, un proceso que hasta ahora les había parecido tan admirable y digno de alabanza?

También, sinceramente, me siento confuso ante la presencia, al pie del documento, de firmas de escritores a los que estimo y admiro con toda el alma. Hallo también los nombres de notorios oportunistas: stalinistas al revés —como ya les dije, de una vez para siempre, el querido Isaac Deutscher—. Pero esto no me extraña ni me importa.

Y, por fin, querido y admirado Jean-Paul Sartre: ¿Qué hace usted *ahí*? Le hemos aplaudido en los últimos tiempos con verdadero fervor al encontrarle en la calle vendiendo un periódico, ignominiosamente perseguido y manteniendo muy justas posiciones frente a gigantes, tradicionalmente revolucionarios, de muy pesado andar (léase ahora P.C.F.). Hemos escuchado con atención sus palabras sobre la crisis de la concepción "clásica" del intelectual y sobre las nuevas perspectivas de lo que, hoy por hoy, es nuestro oficio. Usted ha llegado a plantearse la licitud o no de dedicar una parte de su tiempo a trabajar sobre Flaubert (y, afortunadamente, decidió hacerlo), movido por la necesidad de rechazar la imagen arquetípica del "intelectual clásico".

¿Cómo, de pronto, aparece ahora su firma al pie de una tan tópica muestra de la "intelligentsia" clásica: de un documento tan ligero, puerilmente colérico e irresponsable? "Atención, atención. Cuídese de las manipulaciones de la pseudoizquierda; la macrocefalia de algunos de esos colegas es su propia manera de ser acéfalos—", le diría yo, que no soy nadie, con cierta desenvoltura. * A. S.

DOCUMENTO No. 19

José Angel Valente

Cuba: Dogma y Ritual

Triunfo (Madrid), Año XXVI, No. 472
19 de junio de 1971, pp. 63-64

Las complejas contradicciones objetivas de una gran transformación social quedan reducidas a términos subjetivos de fácil manipulación y se convierten en el simple problema de cómo ocuparse administrativamente del "individuo resistente" que es "una supervivencia del pasado". Los problemas se plantean de modo unilateral y burocrático para facilitar su solución administrativa, de conformidad con la estructura institucional de la sociedad posrevolucionaria propio del estalinismo.

Mészáros: La teoría de la alienación en Marx.

En las últimas semanas, la atención de la prensa europea ha quedado casi exclusivamente absorbida, en lo que respecta a Cuba, por el caso Padilla. Pero lo grave del caso Padilla es que no agota su gravedad en sí mismo. De la historia de Nadedja y Ossip Mandelstam (el poeta "acmeísta" liquidado en fecha todavía no precisada, entre 1938 y 1940) ha escrito no hace mucho un crítico inglés que fue una "historia trágica, pero también ordinaria". El proceso de Padilla y de los amigos (su-yos y míos) que le acompañaron en el grotesco y anacrónico ritual de la autocrítica, también es, a su modo, trágico y ordinario. Y aquí más grave nos parece la vulgaridad que la tragedia. Cuantas más declaraciones hace Padilla, cuanto más asume el papel que le han impuesto, más denuncia la vulgaridad del modelo represivo por el que el Gobierno cubano ha optado. Padilla ha hecho una autocrítica; el Gobierno cubano, que le ha obligado a hacerla y le ha dado amplia difusión, ha hecho a su vez una autodenuncia: ha asumido el rostro grotesco y poco grato de los aparatos represivos que ya eran "trágicos, pero ordinarios" hace más de treinta años.

La inteligencia puesta en esta operación por sus inspiradores y ejecutores parece bien escasa. Tanto como para no advertir que al Padilla autocrítico al que siguen haciendo hablar le han inutilizado ellos mismos como portavoz de nada creíble. Cada nueva palabra que hacen pronunciar a Padilla es una nueva denuncia de un modelo ordinario, vulgar, de piezas harto conocidas y usadas.

El caso Padilla no agota su gravedad en sí mismo. Atenerse demasiado a él pudiera ser un modo de servir los burdos intereses de una política que recurre a la invención de demonios para ocultar o descargar sus demasiado reales tensiones. Los problemas de Cuba son manifiestos. Su no solución ha obligado al Gobierno a opciones poco concordantes con la imagen que la Revolución cubana había dado de sí misma. La desilusión consiguiente no es sólo europea, aunque así se pretenda desde La Habana, y no es de orden cultural, sino político. La acumulación de opciones políticamente regresivas ha ido deformando la imagen de la Revolución cubana en beneficio de un esquema, cada vez más visible, de sociedad represiva. Este es el contexto a cuya gravedad total nos remite la particular gravedad del caso Padilla.

Paralelamente al caso Padilla ha tenido lugar en La Habana un acontecimiento de más acusadas repercusiones generales, a cuya significación aún no se ha prestado desde fuera toda la atención debida. Se trata del I Congreso Nacional de Educación y Cultura, que se reunió entre los días 23 y 30 del pasado mes de abril. Los elementos fundamentales de esa reunión están contenidos en la Declaración del Congreso y en el discurso de clausura pronunciado por el primer ministro del Gobierno revolucionario. "Este Congreso —afirmó el primer ministro— es un poco la imagen de la futura sociedad de nuestro país". La imagen así anticipada aloja explícitamente, y con carácter normativo, rasgos o principios trágico-ordinarios de un vulgar aparato represivo.

Lo que los educadores cubanos sitúan en el centro del proceso educativo y cultural es lo que ellos mismos llaman el "monolito ideológico". Alrededor de este símbolo venerable desencadenan los educadores una agitada zarabanda. El ritual es manifiestamente de exorcización. Se trata, a todas luces, de visibilizar las entidades diabólicas que han de ser sometidas o eliminadas.

Lugar preferente en la serie diabólica es el otorgado a los *intelectuales*, que pueden atentar contra la intangibilidad del "monolito". A los de dentro se les llama "sembradores de veneno" y "hechiceros"; a los de fuera, expertos en "basura", "agentillos del colonialismo", "descarados", "liberalistas y agentes de la C.I.A.", "ratas", etcétera.

La inquisición de *libros* tiene también su explícita declaración de principio: "Por cuestión de principio, hay algunos libros (no se especifica su naturaleza) de los cuales no se debe publicar ni un ejemplar, ni un capítulo, ni una página, ¡ni una letra!". (Discurso del primer ministro).

En capítulo especial de su programa de trabajo estudió el Congreso, bajo el título de *Modas, costumbres y extravagancias*, los factores sociales que, a juicio de los educadores, pueden ser signo de "cualquier forma de desviación entre los jóvenes". Para las "desviaciones" relacionadas con la *moda* proponen los educadores la creación de "organismos especializados de la revolución". Para otras "desviaciones", designadas con peligrosa vaguedad como *extravagancias, aberraciones, exhibicionismo, etcétera*, se propone lisa y llanamente "el enfrentamiento directo" y la "eliminación".

En cuanto a la *religión*, es curioso observar el aire conciliatorio con que se aborda el tema de la Iglesia católica. Los educadores se muestran muy receptivos al "movimiento mundial de reforma de ésta" y a la "actitud de la jerarquía eclesiástica". La hostilidad es manifiesta, en cambio, en el caso de las Iglesias o confesiones minoritarias, como los Testigos de Jehová y los Adventistas. Estas confesiones aparecen sistemáticamente calificadas como *sectas*, y son objeto de igual hostilidad que las *sectas religiosas* procedentes del continente africano, en particular la "náñiga o abacué". Este último factor, junto con la insistencia del Congreso en la fusión de lo español y lo africano, hace pensar en la existencia de un problema negro, escasamente conocido, en el seno de la Revolución.

Respecto a la *sexualidad*, otro de los grandes capítulos del Congreso, los educadores resucitaron un viejo demonio de la Revolución cubana: el homosexual. La represión activa de la homosexualidad en todas sus "formas" y "manifestaciones" quedó establecida como "principio militante" por el Congreso. La Comisión encargada de este asunto arbitró abundantes propuestas para la identificación o caza del homosexual, el estudio de su "grado de deterioro" y el "saneamiento de focos", así como para evitar que "por medio de la *calidad artística* reconocidos homosexuales ganen influencia... en nuestra juventud", y para impedir "que ostenten una representación artística de nuestro país en el extranjero personas cuya moral (sexual) no respondía al prestigio de nuestra Revolución."

Por último, los educadores ven en todo atentado a la intangibilidad del "monolito" un claro indicio de colonización cultural. Curiosamente, estos descolonizadores hablan y escriben un lenguaje particularmente colonizado: *enfaticar* (emphasize), *planes emergentes* (emergency o emergent plans), *cursos emergentes, implementar* (implement), etcétera.

Ante esta anticipada imagen del porvenir cubano bien cabe preguntarse si fue ese en la política, en la prosa y en el verso, el sueño de José Martí, si fue ese el sueño del Che, si por esa imagen, en su día, habría combatido realmente el propio Fidel. *